

Olor a mandarinas

Rodolfo Daniel Stringhetti

Éramos chicos. Teníamos entre siete y nueve años. Después de almorzar, y hasta que oscurecía, nos pasábamos horas dando vueltas por el pueblo. Andábamos en bicicleta, íbamos a las vías del tren, al club, al campo a cazar pajaritos, jugábamos a la pelota en la plaza, nos metíamos en obras en construcción o casas abandonadas. Muchas veces —casi siempre— perdíamos la noción del tiempo.

A mamá eso no le gustaba nada. —Pareciera que no tenés casa —me decía—. Vivís todo el día en la calle.

Y algo de razón tenía. Sobre todo cuando anochecía. Y así como se terminaba el día, también se acababa su paciencia. Entonces salía a buscarme, porque ya era muy tarde y yo no daba señales. Se ponía cada vez peor a medida que recorría el barrio sin respuesta. Y cuando escuchaba mi nombre en su grito, sabía que, para mí, la cosa se iba a poner muy fea. Siempre trataba de esquivarla y salir corriendo derecho a casa, porque si me agarraba, me sacudía de las orejas, me daba algún chirlo y me llevaba a los tirones, arreándome como oveja descarriada para el corral mientras yo no paraba de pedirle perdón y jurarle que no lo volvería a hacer.

Uno de nuestros lugares preferidos era el de don Tito. Cruzando el baldío, pegado al almacén de Marga, se levantaba el tapial que cerraba su patio. Lo percibíamos gigantesco, imponente, como un castillo construido para ser impenetrable, una fortaleza que protegía un gran y codiciado tesoro: la riqueza de esas tres plantas cargadas de relucientes y tentadoras mandarinas.

Pasábamos todos los días a mirarlas, esperando a que maduraran, o casi, y entonces, clavando los dedos entre los ladrillos y afirmando la punta de las zapatillas entre sus ranuras, trepábamos como pequeños ninjas para al fin poder asomar la cabeza hacia el otro lado. Y ahí estaba: el olor, esa fragancia única que llenaba nuestras narices. Tan dulce y espeso que nos movía la panza y nos despertaba unas tremendas ganas de saborearlas, y nos tirábamos del otro lado, sin pensar en el peligro que nos acechaba.

Una vez en territorio hostil, sabíamos que teníamos pocos minutos. Subíamos a los árboles y arrancábamos todas las mandarinas que podíamos, rápido, sin mirar. Hasta que aparecía don Tito. Venía corriendo, con su camisa a cuadros, los bigotes duros, con su mano cerrada, como estrujando un cuello, gritando a viva voz, con la ira explotándole por todos lados. Y nosotros huíamos, con las remeras anudadas en forma de bolsa, cargadas de mandarinas, subiendo por el tablón que dejábamos

preparado, tirándonos de cabeza para el otro lado, escuchando las puteadas del viejo y su última y característica expresión: «¡Si los agarro, les corto las manos, pendejos de mierda!».

Yo adoraba las mandarinas, la aventura y el riesgo de desafiar a ese monstruo que velaba celosamente por sus pertenencias. Me sentía como un bandido de película, desafiando al poderoso en su propia cara y huyendo, por fortuna, siempre con final feliz. No obstante, mis andanzas traían sus consecuencias; no solo el reto de papá cuando llegaba a casa con olor a mandarinas, sino también, y para peor, mis reiterados sueños donde don Tito me atrapaba, me ataba de pies y manos a una silla con correas de cuero y hebillas y se acercaba con un serrucho largo, sonriendo con sus dientes amarillos, y me decía que por fin iba a darme el castigo que merecía. Ponía cara de satisfacción y de locura.

A veces despertaba sin poder mover las manos, como si ya no fueran del todo mías. Pero igual volvía, siempre volvíamos.

Las comíamos en la casa abandonada de los Navarro, en la piecita del fondo, lo más lejos de la calle para que no nos escuchara nadie. Pelábamos las mandarinas y hacíamos una guerra tirándonos las cáscaras, nos escupíamos las semillas a la cara, nos reíamos fuerte y mucho, disfrutando la proeza, creyéndonos invencibles.

A veces, cuando llevaba comida al taller de papá, me cruzaba con don Tito. Estaba casi siempre en la puerta, quieto, con los brazos cruzados, mirando hacia la calle. Parecía que vigilaba, con recelo, como esperando descubrir algo. Él me reconocía, sabía que era uno de los ladrones, pero jamás me dirigió la palabra ni me hizo ningún tipo de reclamo, ni de acusación, aunque había algo en su mirada que me incomodaba. Muchos años después entendí qué era: el mismo miedo que yo le tenía a él.

Por todo esto, unos metros antes cruzaba de vereda y, con la cabeza baja, apuraba el paso. Me lo imaginaba como el de *La Masacre de Texas*, con su máscara fantasmal, la motosierra colgando de su brazo poderoso y un collar de sogas adornado con muchas manitas pequeñas, las que quitaba de un solo golpe a sus víctimas, los niños.

Con el tiempo, ese niño dejó de huir para empezar a atrincherarse, y aquel olor a mandarinas dejó de ser una invitación a la aventura y se volvió un sudor frío, una desconfianza que ya no me abandonó.

Ahora vivo en otro barrio, con rejas más altas y cámaras en todas las casas. Las luces quedan prendidas la noche entera. Así es que uno se acostumbra a estar atento, a escuchar, a desconfiar.

Hace tiempo compré un arma. Practico tiro y también tengo a Capitán, un pitbull grande, nervioso, que vive siempre atento a cualquier movimiento raro o a la presencia de extraños. No me gusta vivir así, pero es lo que hay.

Veinte años después, no solo extraño las mandarinas, la banda de amigos y los momentos de la infancia, sino también aquel barrio, la placidez de sus calles, las casas antiguas, sus árboles, el escaso tránsito y, por sobre todas las cosas, su tranquilidad. Y a veces, en algún momento de soledad, ese olor vuelve. No sé si es real o si lo fabrico yo, pero me detiene en seco y me lleva directo al tapial, a los dedos clavados entre los ladrillos, a los gritos del viejo, a mis pesadillas.

Ese domingo estaba en el sofá cuando escuché un ruido en el patio. Capitán levantó las orejas y después gruñó. Me levanté y me acerqué a la ventana de la cocina, llamé mi atención que la puerta del lavadero estuviera entreabierta. Me quedé quieto, en silencio, mirando. Entonces lo vi. Alguien se movía adentro.

Tomé el palo detrás de la puerta y avancé despacio. Cuando me asomé, el tipo estaba agachado, revolviendo en un baúl. Lo sorprendí y no dudé. El golpe en la nuca lo dejó inconsciente al instante. Cargué con esfuerzo el cuerpo sobre mis hombros y lo llevé dentro de la casa. Con esfuerzo logré acomodarlo en el sillón del escritorio. Lo até con cinta de embalar, dando varias vueltas al carretel hasta asegurarme de dejarlo inmovilizado. Antes de ir hacia el lavadero, me alejé unos pasos y, por un momento, me quedé mirándolo. La silla, las manos atadas, el cuerpo inmóvil, toda la escena me resultaba familiar.

Cuando despertó, se mostró desesperado, en parte por verse atrapado, quizás también por mi presencia amenazante, o por la sierra de arco —de las que se usan para cortar metales— que tenía en mi mano. Pedía por favor, juraba por sus hijos, decía que lo hacía porque no tenía para darle de comer a su familia, imploraba perdón. Fueron unos cuantos minutos, no paraba de llorar, moqueaba y babeaba. Los ojos rojos, el rostro casi deformado, el cuerpo tembloroso y los latidos acelerados.

Tomé el arco con firmeza, lo apoyé apenas delante de su muñeca y, al mismo tiempo que apretaba hacia abajo, comencé a deslizar la sierra en un vaivén frenético. Mientras la hoja se hundía de a poco en la carne, la sangre chorreaba sobre el tapizado y sus gritos retumbaban en mis oídos, llenando la casa. En minutos, apenas después de que pude atravesar el hueso, se desmayó, lo cual resultó un alivio para los dos. Dejé de aserrar cuando la mano cayó y el chasquido espeso contra el suelo me detuvo. Capitán se acercó como queriendo arrebatarme la presa, por lo que tuve que tomarlo del collar, retirarlo y cerrar la puerta.

La segunda mano fue distinta, y mi sensación ya no fue la misma. Su cuerpo no oponía resistencia, su brazo flácido solo se sostenía por la cinta, por lo que cortar su mano derecha fue como cortar una rama, un caño o algo parecido. De afuera, el perro rasguñaba la puerta sin parar a la vez que emitía un lastimero gruñido, a ratos se paraba en dos patas, observándome a través de los vidrios de la puerta. Esta vez, ante la flojedad de los músculos, la sierra se atoraba, dificultando la tarea, razón por la que tuve que aumentar la fuerza, a tal punto que, finalizando la amputación, la hoja se quebró. Revolví entre los estantes del lavadero casi convencido de que podía tener una de repuesto, pero no; por lo que tuve que desistir de mi idea original de seccionarle también los pies.

Entonces llamé a la policía. Cuando les abrí la puerta, seguramente dedujeron por las manchas de sangre de mi ropa que algo malo había sucedido. Los conduje por el pasillo hasta el infortunado, acompañado por mi perro que, en una actitud agresiva, les ladraba sin parar. Al llegar al escritorio, noté en sus rostros cierta sorpresa al ver la escena, quizás por el enorme charco de sangre debajo del sillón o por los muñones mutilados del joven, que ya no sangraban formando una masa viscosa y desagradable. Sobre los libros reposaba la sierra rota con parte de su hoja conservando aún restos de piel y de carne.

Les expliqué con detalle lo sucedido, y mientras uno de ellos me escuchaba con atención, los otros dos cortaban con tijeras la cinta de embalar a los fines de liberar al intruso. Al rato llegó una ambulancia y, mientras los enfermeros cargaban el cuerpo aún sin conocimiento en la camilla, una doctora me hizo un par de preguntas respecto a mi salud y mi condición física.

El agente que parecía estar al mando me dijo que faltaban las manos —una obviedad— y me interrogó acerca de qué había ocurrido con ellas, que dónde estaban, que era necesario recuperarlas, que debían incautarlas como pruebas de lo acontecido.

—Están en la heladera —respondí.

Fui hasta la cocina y volví con las manos. Las dos juntas, frescas y seccionadas pulcramente. Pude observar entre las manchas de sangre de la bolsa que el corte era limpio, lineal, casi perfecto. A mis pies, Capitán jadeaba con su rosada lengua colgando, ilusionado por que ellas fueran su alimento. Antes de entregárselas a los agentes, abrí apenas la bolsa y acerqué mi nariz a la abertura. Cerré con fuerza los ojos y aspiré. No me había equivocado. Todavía tenían olor a mandarinas.